

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 96

CARLOS ARTURO TORRES  
**IDOLA FORI**



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



**CARLOS ARTURO TORRES**  
**IDOLA FORI**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES**  
**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**  
Facultad de Filosofía y Letras  
**UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA**



Carlos Arturo Torres (1867-1911), educador, periodista y poeta colombiano. Fue representante diplomático de su país en varias ocasiones. *Idola Fori* lo forman varios ensayos de los cuales publicamos algunos trozos, Este libro lo publicó en 1910, con un prólogo de José Enrique Rodó. Se refiere, como lo dice en su primer capítulo, a los Idolos del Foro, esto es, la historia, ideas, supersticiones políticas que siguen imperando en en la mente, aun después de haberse mostrado su falsedad. Ideas que Torres considera necesario analizar, poner el claro, por la importancia que este esclarecimiento podrá tener para la América Latina que se ha venido debatiendo a lo largo de su notoria independiente en torno a ideas, ideologías y formas de pensar que lejos de ayudar a la organización mental, política y social de esta nuestra realidad, la han llenado de confusión. En este trabajo podrá verse la influencia que en él mismo, como en los de muchos de sus contemporáneos, encuentra la filosofía positivista.



## IDOLA FORI

Carlos Arturo Torres

### ENSAYO SOBRE LAS SUPERSTICIONES POLÍTICAS

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### *Los Ídolos del Foro*

Bien sabido es que Bacon llama “Ídolos del Foro” (*Idola Fori*) aquellas fórmulas o ideas —verdaderas supersticiones políticas— que continúan imperando en el espíritu después de que una crítica racional ha demostrado su falsedad. Un concepto que pudo ser verdadero en su época y que por eso se afirmó vigorosamente en la conciencia humana, perdura, con letal fuerza cataléptica, con acción de presencia superior a las demoliciones del tiempo y a la imposición rectificadora de nuevas ideas, cuando ya han variado por modo definitivo las perspectivas que lo hicieron posible y desaparecido las circunstancias que lo impusieron como necesario y legítimo. La verdad de ayer conviértese por modo tal en la preconcepción perturbadora de hoy; el principio vivificante y fecundo degenera en una suerte de lóbrega y estrecha prisión de la mente, y el fantasma de una verdad que se extinguió, convertido ya en error dañoso por lo inoportuno o excesivo del culto que se le consagra, entenebrece, en los niveles inferiores, el horizonte de la inteligencia y de la razón como las sombras de la noche cubren aún los valles profundos cuando ya la cresta de la montaña arde en luz al beso del amanecer.

El culto de esas divinidades desaparecidas que reclaman aún para su ara todas las víctimas de los sacrificios antiguos, es en sí mismo un elemento de error y un principio de muerte. Tal agitación del espíritu en el vacío, tal persistencia de dislocadas orientaciones, semejante a la persistencia de las imágenes en la retina que nos hace ver una línea en donde hay sólo un punto, y una superficie o una esfera en donde existe sólo una línea, constituye una peligrosa ilusión de óptica moral, y nos engaña con las seducciones del miraje allí donde reinan la soledad del desierto o el horror del abismo. Cuando se medita en el perturbado desarrollo histórico de nuestros pueblos, adviértese que el fanatismo de los hombres es una de las formas de extravío de criterio que mayo-

res males ha causado en las democracias hispanoamericanas; el poder de las palabras, que tanto inquietaba a Bacón, ha sido en ocasiones más terrible que la potencia de las tinieblas con que nos aterra Tolstoi, el grande. A abstracciones que no corresponden a la concentración de una realidad categórica, a intangibles fantasmas de la plaza pública, se han ofrendado más lágrimas y sangre que a las divinidades crueles del politeísmo oriental. La sugestión de una palabra sonora, el prestigio de una fórmula incomprendida, la brillantez de los colores de una bandera, la idolatría de una tradición ciegamente aceptada, todas las formas primitivas de esa gran ley de imitación que estudia admirablemente. Tarde, han llevado a hombres y partidos, plenos de entusiasmo generoso, pero desatentado, a la inmolación estéril, al sacrificio colectivo y al aniquilamiento nacional en el sangriento histerismo de nuestras revoluciones.

.....

A las veces, aun conociendo o al menos sopechando el flamante programa, el proselitismo no proviene de íntima e irreductible convicción, sino del hábito gregario, del hipnotismo de una palabra, de la imitación del espíritu de escuela, de la pasión irrazonada de partido. Ante el conmovedor espectáculo de la víctima que se ofrece a la muerte con corazón ligero, con fe profunda por una causa que no comprende, que no intentó comprender jamás, el espíritu flota, dolorosamente agitado, entre los dos términos de una ecuación inquietante: el entusiasmo, la llamarada de la fe, la sinceridad de los luchadores demandan su respeto y encienden su admiración; el extravío, la ceguedad, la inconsciencia de la lucha reclaman la verificación severa de su análisis y el veredicto condenatorio de su razón. Importa estudiar hasta dónde, en los trémulos rizados de un pendón de guerra, simbolizada está una verdad que justifique, ante los fueros imprescriptibles de la vida y ante la equidad de la historia, los excesos del rito y la aberrante crueldad del holocausto; tiempo es ya de observar hasta qué punto un ideal representa un principio viviente y cuándo empieza a esfumarse en las evanescentes penumbras del *Götterdämmerung*; hasta qué límite la noción personal, el concepto íntimo, el *nóumeno* de Kant, esto es, la convicción que no es una realidad, pueden levantarse, desde abajo, de emblema de reivindicaciones colectivas a guisa, o imponerse, desde arriba, a fuero de ley y salud únicas de los pueblos.

Seguro está que en el propósito de tales estudios se lleguen a delimitar siquiera los contornos del vago imperio de los ídolos del Foro, pero el sólo intentarlo, el señalar la posi-



bilidad de reducir a sus verdaderas proporciones de pensamientos falibles o caducas opiniones cuantos ya se tuvieron por canon y dogma incontrovertibles de la política y de la filosofía, es despertar los aletargados estímulos del examen y exaltar el valor y las afirmaciones de la autonomía humana.

Por una fatalidad de nuestra formación mental, existe en nosotros como impulso nativo la tendencia a levantar a la categoría de inconclusa verdad la idea consagrada por la moda o por la fe hermética en la predicación de nuestros directores espirituales. Aun se ha incurrido en la paladina inconsecuencia de que pretendamos hacer del mismo concepto de relatividad un dogma absoluto; un cuarto de siglo hace, cuando los principios de la Filosofía sintética avasallaban las inteligencias con el prestigio de su lógico y la claridad de sus inducciones, llegóse a sostener por los más ardorosos (aunque no los más penetrantes) prosélitos del apóstol de "los Primeros Principios" que sus afirmaciones eran, no solamente la última posible razón, sino que el sólo concebir que pudiesen rectificarse o siquiera ampliarse, era blasfemia merecedora del estigma con que se señalan la claudicación y la apostasía. La marcha del pensamiento humano en veinte años ha demostrado hasta dónde pueden complementarse, ampliarse y rectificarse conclusiones que parecían definitivas y hasta dónde alcanza, según la gráfica expresión del mismo Spencer, a evolucionar el sistema de evolución. Curioso sería, e instructivo además, el reunir, como bajo la cúpula de un Wallalah, la figuración de la obra y de la personalidad de los pensadores que han modelado en cada época la opinión de nuestros compatriotas en el decurso de tres generaciones, reunirlos en serie continua, con su cortejo de deidades menores; el maestro de hoy se sustituye al de ayer y lo hace olvidar, pero en el aparente cambio adviértese cual carácter específico y nexos evidentes entre los afiliados la misma intransigencia de bandería, el mismo criterio de lo absoluto, la misma íntima incompreensión del *devenir* humano, de la plasticidad de toda materia de investigación, de la noción de relatividad, de la generosa tolerancia de la inteligencia que algunos de esos maestros, Spencer por ejemplo, asentaron como sentido supremo y piedra angular del edificio intelectual del siglo xx. Correlativamente y como proyección necesaria, aunque en apariencia inversa de esa forma idolátrica de adoraciones intelectuales, levantan otros, a manera de oriflama exclusivo, no ya las doctrinas que forman al ambiente de una generación, sino la especulación novísima, la teoría de última hora, así sea la más delirante,

absurda y antihumana; es, para emplear la concreción de Tarde, la imitación-moda que se contrapone a la imitación-costumbre. En el desarrollo lógico de tal criterio no sería inconcebible que mañana una escuela de propagandistas o una Asamblea de reformadores fijasen, a título de ley moral, "la moral de los amos", o impusiesen, con la sanción coercitiva de un mandamiento institucional, el código monstruosamente reaccionario, el aristocratismo despiadado de Nietzsche. La fórmula de Bacon podría complementarse, pues, señalando como incluidas en las idolatrías del Foro, no tan sólo las ideas cuya falsedad ha sido demostrada ya, sino aquellas cuya evidencia está por demostrar aún o no podrá demostrarse jamás.

Opuesto al fanatismo de los principios, yérguese el fanatismo obscuro y milenario de las tradiciones; a la concepción de un absoluto filosófico se enfrenta la de un absoluto teológico, y partiendo el sol, en campo cerrado, tal los gladiadores en las arenas itálicas, combaten esos dos sistemas; tan ajeño el uno a la elación de caridad y amor, a la férvida prosternación ante el misterio impenetrable, que constituye la esencia íntima del verdadero sentimiento religioso, siempre elevado y siempre respetable, como el otro a la superior amplitud de criterio, a la genuina y dignificadora libertad del pensamiento y a la valerosa y desinteresada investigación de la verdad, que dan su sello de genial nobleza al verdadero espíritu filosófico; ajenos ambos a toda tolerancia y a toda generosidad, rígidos e implacables como las paralelas negras del odio; opuestos en la posición, pero unos en la esencia, con esa identidad que les ha señalado ya el criterio sereno de la crítica moderna al estudiar las analogías de psicología que acercan hasta identificarlos a Robespierre y a Felipe II, al jacobinismo y al ultramontanismo, al tribunal del Santo Oficio y al tribunal revolucionario...

La marca con que los prejuicios troquelan el espíritu, el patrón rígido en que se vacía nuestra mentalidad, ardiente metal, para que modelada y fría quede para siempre, presenta, para resumir, en cada caso las formas más aparentemente opuestas; dijéranse monedas que ostentan unas el sello real y otras el gorro frigio, pero que todas tienen un mismo peso y un mismo valor y confundidas circulan en las transacciones políticas; hay el fanatismo de la religión y el fanatismo de la irreligión; la superstición de la fe y la superstición de la razón; la idolatría de la tradición y la idolatría de la ciencia; la intransigencia de lo antiguo y la intransigencia de lo nuevo; el despotismo teológico y el despotismo racionalista; la incomprensión conservadora y la incomprensión

liberal. La libertad tiene sus fanáticos como la opresión, y el que mata a un rey y el que muere por un rey, dice Bernard Shaw, son igualmente idólatras. Como todo concepto erigido en dogma es un principio de tiranía que comienza por ser meramente ideológica, para trocarse, cuando la hora llega, en el impulso que enciende la hoguera o levanta la guillotina, es bien que la crítica independiente se atreva al santuario inviolado e intente la más noble de todas las liberaciones: la de la mente, pues no habría error en afirmar que medirse por la variedad de concepciones que sea apta a armonizar y por la suma de supersticiones de que se haya libertado.

Empero una crítica exclusivamente negativa y demoleadora puede acabar por sustituir al fanatismo de los hombres —que por funesto que sea, también en ocasiones suele ser una gran fuerza impulsora y un resorte supremo de acción y de vida— el escepticismo disolvente y enervador que acaba con toda fe y con toda iniciativa; en verdad que no podría decirse cuál de los dos extremos es más funesto. Para el agregado social —que no es solamente la expansión de la energía individual en el espacio y en el tiempo, sino una entidad *per se*, según la moderna escuela sociológica de que es verbo el autor de los *Principios de la Civilización Occidental*— es necesario un ideal cada vez más alto, a fin de que sea siempre verdadero y vivificado esté en cada nueva época por una superior capacidad de crecer y de esperar. De las doctrinas más aparentemente contradictorias puede surgir una armónica irradiación de certidumbres y aun en el mismo limo de los errores humanos se acendra alguna vez un principio eterno, como en las materias impuras el *bumus* fecundo que nos rinde el néctar de las vides y el perfume de las rosas. Puede afirmarse que entre una creencia errada y la falta total de toda creencia, un espíritu comprensivo no vacilará jamás; en las vegas ardientes de nuestros ríos, no desbrozadas aún por el hacha del colono, crecen las plantas viciosas y las hierbas malditas envenenan el aire con sus efluvios de muerte; empero un día será que penetre el arado allí y del suelo exuberante que el esfuerzo del labrador transformó, brote la cosecha de bendición; allí está la reserva del porvenir. Mas ¿quién puede esperar nunca la sonrisa de una flor o la ofrenda de un racimo en la roca del río, batida por los vientos de la desolación? El culto de las ideas, encaminado por lo alto, cualesquiera que sean sus orientaciones, desarrolla una suerte radioactividad de energías mentales que con su floración de anhelos y su virtualidad de insiparicones, y de estímulos sería poderoso por sí sola a preservar a la huma-

nidad de la degeneración que traen el utilitarismo interpretado por lo más bajo, la vulgaridad del arribismo sin escrúpulos, el positivismo sin generosidad y la sensualidad sin ideal.

...Ante los abiertos cauces de la inmortal corriente de las ideas, ante las perspectivas cada vez más vastas de la razón, ante la amplitud y comprensividad del criterio, cada vez mayores, se irá conquistando, así debemos esperarlo, una suma siempre creciente de tolerancia y libertad: los *Ídolos del Foro* irán desapareciendo en la medida que ello sea necesario al progreso del espíritu humano; acaso algunos de ellos vuelvan un día a surgir de sus sepulcros con vida y vigor renovados, en las incalculables posibilidades del porvenir; otros pasarán para siempre, condenados por su propia esterilidad; otros pasarán también, mas dejando tras sí la memoria de su acción y la modelación de su huella cuando fueron fuerzas vivas del pensamiento y de la historia, y tal vez alcance a algunos de ellos un jirón del sudario de púrpura en que el mago Renán envuelve piadosamente el cadáver de los dioses.

## CAPÍTULO II

### *Evolución y unidad mental*

Una convicción inquebrantable se considera y exalta de ordinario como virtud superior en los hombres de acción y en los de pensamiento, así en las empresas de la política como en la desinteresada labor de las ideas; los principios firmes, esto es, radicalmente invulnerables a toda modificación, disciernen en el común criterio y en la literatura corriente un no superado linaje de rectitud y un timbre esclarecido de elevación moral a los conductores de los partidos y a los educadores de los pueblos. No podría negarse, en verdad, que una fe intensa es parte a modelar vigorosamente el carácter: el tener siempre ante sí, con la nitidez de una *recta ratio* un camino trazado y definitivamente esculpido en la inmovilidad de una roca, es un resorte poderoso de acción y allega eficiencia y unidad incomparables a la iniciativa y al esfuerzo: fuente es, además, de grande quietud interior, puesto que implica la eliminación de las torturas del pensar y de las obsesiones del inquirir...

Contra el fiero ideal de la cristalización del pensamiento en formas inmutables aparece el principio revolucionario del impulso inmanente de las ideas. Solicitadas por interiores estímulos y por causas ambientes, las ideas están siempre en movimiento, siempre transformándose, enriqueciendo de con-

tinuo con sus adquisiciones el patrimonio mental de la humanidad. He ahí uno de los más fecundos principios de la filosofía moderna: ni Descartes ni el mismo Kant habían advertido claramente que las ideas no son formas estáticas, sino que comportan una poderosa virtualidad dinámica que hace de ellas verdaderos gérmenes vivientes: fue Hegel quien hizo del *devenir* una ley de sistematización filosófica, y hoy, Fouillée, al formular su teoría de “las ideas-fuerzas”, ha dado una base psicológica cierta al gran principio hegeliano. Afir-mar la legitimidad, más que eso, la necesidad de la evolución mental, es una base precisa, un dato imprescindible al estudio de las supersticiones políticas . . .

Las notabilísimas investigaciones de M. René Quin-ton y el gran postulado biológico que de ellas se deduce, de lo cual se hablará más adelante, complementan (no infirman, como parecen creerlo Jules de Gaultier y Lucien Corpechot) el principio universal del transformismo; si no es ilegítimo aplicar por analogía al domicilio moral las leyes del mundo físico, puede afirmarse que la “ley de constancia”, que en el reino de las ideas debe llamarse *unidad*, no sólo se concilia, sino que se vincula vigorosamente, en su sentido más comprensivo, con la transformación spenceriana y forma un nexo superior que modela, por lo más alto de la comprensión, de la convicción y de la firmeza, el carácter de la personalidad intelectual. La integridad definitiva del pensamiento de un laborador de las ideas o de un conductor de los espíritus, no la constituye una fórmula única, sino series colaterales sucesivas de concepciones, muchas de ellas aparentemente contradictorias entre sí, pero que estudiadas con criterio analítico, revelan una vinculación íntima que forma el sello personal de la obra o de la actitud y una evidente unidad de pensamiento allí donde el ánimo limitado o pasional sólo vería claudicaciones y apostasías.

La transformación y la unidad son, pues, dos datos que se complementan y coexisten en las formaciones psicológicas y en las de orden moral, histórico y político, del propio modo como la constancia fisiológica y la diferenciación anatómica coexisten en los organismos, según la ley de fijeza, constancia y unidad con que M. Quin-ton ha inmortalizado su nombre, he ahí una concepción que ofrece a las inteligencias una directiva nueva, y ya pueden comprenderse las modificaciones que ha de implicar en el estudio y concepción de las leyes sociales, inspiradas para sus inducciones en las teorías de la evolución y el transformismo. Cada etapa de ascensión hace cambiar para el viajero de las altas

montañas todas las perspectivas **del paisaje** circunyacente; si el observador lograra colocarse **en la cima insuperable**, la noción del mundo que desde allí se **formaría más amplia**, habría de ser más cercana a la exactitud **ideal del conocimiento**. Las investigaciones científicas —**avance ascensional** de las ideas— levantan igualmente el criterio a la contemplación de panoramas cada día más vastos, y toda conquista de latitud en el horizonte, cada extensión de radio visual, modifican el sentido y la posición de los paisajes precedentes. La visión de la altura suprema, si fuera concebible el alcanzarla alguna vez, daría en uno y otro caso la totalidad del panorama con el doble relieve de la **amplitud de lo universal** y de la **precisión de lo definitivo**, y patentizaría en medio de las diferenciaciones de la vida, la serena unidad de la Naturaleza.

.....

### CAPÍTULO III

#### *Rotación de las ideas. El concepto científico*

Armonizar la democracia con la ciencia o declarar su incompatibilidad y condenar la una a nombre de la otra, ha sido empeño muy visible en el movimiento de ideas del presente cuarto de siglo. En su anhelo de certidumbres absolutas busca el espíritu una sanción definitiva a sus concepciones y porfía por descubrir la roca incommovible sobre la cual ha de asentar la fábrica de sus ideas; cuando lo sagrado del mandamiento religioso no basta ya como razón última, apélase a lo consagrado del mandamiento científico y se aspira a la indeficiente irradiación de la estrella fija para la incierta luz de la razón encendida en medio de lo desconocido como hoguera que arde ante la doble hostilidad de la noche y del mar.

Juzgar, empero, que las afirmaciones de anticientífica lanzadas contra una institución cualquiera constituyen un fallo condenatorio inapelable, o por el contrario, que la aprobación de su acuerdo con la ciencia ha de ser para esa institución una garantía segura de verdad, es suponer que la ciencia está definitivamente constituida. Sin hablar de ese linaje de infatuación mental, a un mismo tiempo cientista y sectaria que la ironía de Flaubert esculpió para siempre en la típica personalidad de M. Homais, puede decirse que la ilusión de la infalibilidad del conocimiento tiende a cortar el vuelo a toda investigación, cierra el paso al ulterior estudio de fenó-

menos cuyas leyes da como irrevocablemente establecidas y suscita ese dogmatismo estrecho, eterno enemigo de toda originalidad, que la sanción de la historia personifica en el Consejo de sabios y de teólogos que desconoció y condenó en Salamanca la intuición maravillosa del navegante genovés cuando éste, sonámbulo del más grandioso de los ensueños, preparaba a la civilización occidental la ofrenda de un mundo.

Para comprender la esencia de las cosas y conquistar átomos de conocimiento sobre el misterio universal, no tiene el hombre más luz que la de su propia inteligencia, y esa inteligencia —digan lo que quieran el audaz idealismo de Eucken y la novísima filosofía alemana— no puede alcanzar lo absoluto. Del mundo exterior no nos llega otra representación distinta de la que el trémulo espejo de nuestra mente refleja a cada instante, y si por ventura esa mente fuese un espejo deformado de la vida, las percepciones del universo físico y del intelectual que por él obtuviésemos no podrían ser otra cosa que una ilusión; por eso la razón humana no puede, no podrá jamás afirmar nada de cuanto se encuentre allende los límites de lo relativo. De esto puede deducirse rigurosamente que la filosofía crítica no puede condenar a *priori* una noción cualquiera y que la crítica histórica lo más que puede afirmar es la virtud eficiente de esa noción o su esterilidad en una época y en función de circunstancias determinadas. Cuanto a las ciencias de la Naturaleza, cuyos métodos excluyen toda base diferente de la observación. La experiencia y la razón, si es verdad que poseen mayores quilates de fijeza en sus aplicaciones, también lo es que, en cambio esas aplicaciones están restringidas por estricto modo a bien deslindados dominios y fuera de ellos son impotentes, son ciegas y son mudas. Y aun dentro de los lindes de su propio reino interior las certidumbres de esas ciencias son también puramente relativas: todo el mundo recuerda cómo en sus maravillosas investigaciones sobre las últimas ideas y los primeros principios el autor de la filosofía sintética nos muestra el impenetrable océano de misterio que hay más allá de las nociones comprobables, misterio que, por una rotación curiosa de las ideas, abre en la misma extremidad del campo que el positivismo enseñorea con la rigidez de sus deducciones un horizonte nuevo y sin límites a las revelaciones de la fe y a los vuelos de la esperanza. “Nadie —dice un pensador contemporáneo— ha logrado descubrir las bases primeras de cada ciencia, ni definir sus definiciones, ni demostrar sus axiomas, ni justificar sus postulados”; como una pirámide diamantina que yergue sus prismas de luz, límpidamente delineada en su parte central y que por degradaciones sucesivas, de

penumbra en penumbra, se esfuma y desvanece hasta apagar su arista entre lo insondable del cielo y hundir sus bases en lo insondable del abismo, la ciencia no muestra a la razón sino sus más próximos lineamientos y recata a la investigación en la noche de los orígenes su cimiento y su cima en las lejanías del porvenir.

Nunca habían sido más intensas y esenciales las rectificaciones de datos científicos como en los últimos veinte años; nunca, por tanto, se ha podido afirmar con mayor vigor la relatividad del conocimiento científico. . .

.....  
... Toda convicción es una esclavitud, sólo que hay esclavitudes sacrosantas como la de la verdad; toda disciplina y toda regla son una limitación, sólo que hay limitaciones indeclinables, como la del deber; plausible empeño es, empero, el de reducir lo que limita y esclaviza a su *minimum* racional; el de combatir el espíritu de sumisión, de secta y de grey y estimular en las mentes la aspiración a buscar por sí mismas las ideas, a vigorizar la persona humana y exaltar su potencialidad. El mostrar lo caduco de lo que se tiene generalmente por definitivo y la fabilidad de lo que se tiene generalmente por dogmático, es llegar, no a la liberación del pensamiento y a la plenitud de la vida, porque ésta es una meta inaccesible, pero a lo menos a las sendas de ascensión que a ella conducen.

## CAPÍTULO IV

### *La rotación de las ideas, El concepto histórico*

La crítica histórica es ciertamente una gran labor de demolición, pero en el polvo mismo de las ruinas que acumula hay algo que renace incesantemente; los destructores de leyendas, así los más grandes como los menos, desde Wolff y Niebuhr hasta Biré, no han imaginado acaso este brotar tenaz de renuevos en el tronco vencido al golpe de su hacha, ni sospechan, en su fervor iconoclasta, las reparaciones que guarda el porvenir. Cuando Taine, pesaroso ante una gloria desaparecida, exclamó un día melancólicamente en la Ciudad Eterna: *La historia es un cementerio*, olvidó que preservado dentro de las cenizas de ese campo de muerte, arde el fuego de una perpetua resurrección,

Un mismo acontecimiento y una misma institución reaccionan de diverso y a las veces opuesto modo en cada mente y en cada edad del tiempo; olvidados o abandonados hoy como entidades desdeñables de la vida, vuelven a florecer



mañana con el oble prestigio de la rehabilitación y de la juventud; van muriendo y renaciendo alternativamente en un ritmo varias veces secular, sin que pueda predecirse el punto en que la incierta trayectoria cierre la órbita de su evolución; pudieran comparárselas a esas barcas del Mersey que la baja de las aguas vuelca en la fangosa orilla o hace encallar en los bancos del estuario; quien las ve entonces por vez primera, las tomas, sin duda, por despojos inútiles de algún naufragio; y no acierta a imaginar que unas horas más tarde han de desplegar velas a los vientos, hendiendo las aguas, graciosas y ligeras, en el orgullo triunfal de la pleamar.

La sujeción de una casta a otra, la existencia del ilota y del esclavo, sin las cuales no hubiera sido tal vez posible ese florecimiento admirable de la planta humana, esa armoniosa plenitud de vida y de fuerza, de culto de la inteligencia y de la belleza con que Grecia corona noblemente una de las cumbres de la historia como el Panteón, la cima de la Acrópolis, aparece como una institución monstruosa y bárbara ante la moral del Evangelio y ante el criterio de la democracia; pasa el tiempo y dentro del seno mismo de esa civilización que recibió la herencia helénica complementada, modelada y rectificada por el concepto del derecho público moderno, aparece toda una filosofía que proclama la legitimidad de la inmoliación de la inmensa grey anónima para el advenimiento de una humanidad superior.

.....

Las deducciones de la historia y la política están aún muy lejos de haber alcanzado la precisión casi matemática que para ellas augura Dubois Raimond, ni aun siquiera el carácter estrictamente científico que les atribuye Draper, pero sí existe en ellas una ley general comprobada y una y otra vez, esa ley es la de que después de un periodo de anarquía revolucionaria surge el gobierno absoluto del dominador de brazo y voluntad de hierro; es un ritmo necesario de la historia que no ha dejado hasta hoy un solo día de cumplir su oscilación fatal. Durante las guerras civiles se confunden a la larga los medios con los fines en la más lastimosa de las rotaciones de ideas, de tal suerte que quienes empuñaron las armas con el propósito de acabar con una dictadura, no vacilan, llegado el caso, en investir con ella a su propio caudillo, y de esta suerte los propósitos iniciales de la guerra se desvanecen en las revueltas del camino sangriento, como las brujas de Macbeth. Por otra parte, los pueblos cansados de la discordia o amenazados por la disolución, aclaman lá dictadura de un hombre o una asamblea, de un partido o de un club, y en sus manos resignan la libertad

de que han abusado y el derecho que no han sabido guardar...

...el fenómeno histórico del ritmo sucesivo de anarquía y de opresión, implica como predominante en cada caso su respectiva psicología política y un concepto de las necesidades institucionales correlativo a cada situación. Los partidos, aun aquellos que creen suyo el más preciso y definido de los programas, lo adaptan sin propósito predeterminado al nuevo estado de alma del agregado social; de ello nos dan ejemplos ilustrativos los estudios de Mommsen y de Ferrero. La rotación de las ideas puede señalarse entonces con rara y unánime indefectibilidad. Cuando la sociología haya alcanzado la visión profética de que habla el sabio alemán, cuando pueda fijar en sus ecuaciones, como él lo espera, el día cierto en que la cruz griega vuelva a coronar la cúpula de Santa Sofía o en que Inglaterra queme su último pedazo de carbón; cuando, para repetir una expresión ya usada, se puedan predecir las revoluciones como hoy se predicen los eclipses, y la formación de una nacionalidad, como la existencia del planeta de Leverrier, podría declararse proféticamente también, por la observación de un síntoma el más insignificante, pongamos por caso, la tendencia de un periódico, el abuso de una autoridad municipal, la dislocación del criterio público en un caso ordinario, la sanción aberrante para un hecho y la lenidad de esa sanción para otro, etcétera, etcétera, podría afirmarse—decimos— qué pueblos están elaborando en su seno el germen mórbido que ha de llevarles a la anarquía y de ahí a la servidumbre y a la disolución.

Los cambios de perspectiva que el tiempo impone al criterio, como se ha visto, en la apreciación de un mismo hecho o de un mismo principio, patentizan extrañas contradicciones y rectificaciones desconcertantes; quien pretenda descubrir al través de los anales humanos y a la luz de un juicio predeterminado el hilo continuo de un principio dado en sus desarrollos históricos, o mejor dicho, la actitud de los hombres y los sucesos ante una doctrina general, se vería extraviado en un dédalo de imposible orientación. No hay una matemática inflexible para la historia ni para la política; las ciencias sociales no son ciencias exactas, y la netitud de una recta ideal en las cosas de los hombres es un vano ensueño y una aspiración quimérica; sólo las pasiones y los prejuicios han pretendido modelar a un sistema particular y reducir a un cauce único la infinita complejidad de corrientes adventicias que determinan un hecho o hacen posible una institución.

“La historia —dice Freeman— es la política del pasado, como la política es la historia del presente”; por tanto, así como la política refleja el color del lente de opinión al través del cual se la considera, la historia suele ser tan cambiante como las ideas de quienes la escriben. . .

Ciertamente no se puede pedir a la historia el que formule juicios definitivos, pero el mismo conflicto entre los puntos de vista es en sí mismo una alta enseñanza de tolerancia; al ver la dificultad que se tiene para juzgar con exactitud, no solamente un acontecimiento, sino un hombre, se impone la indulgencia para las divergencias de opinión y se llega a no comprender el odio o el desprecio que las diferencias en política o en religión suscitan. La historia es, pues, el estudio emancipador por excelencia y en él se llega por sobre todas las controversias a patentizar el encadenamiento lógico de los estados de civilización, de las ideas y de las instituciones y su desarrollo progresivo; entonces, el espíritu se libera y uno se convierte en hombre de progreso ;enríquese la inteligencia con puntos de comparación que aclaran todos los juicios y llega a la persuasión de que el presente está indisolublemente ligado al pasado, pero que la humanidad no puede permanecer inmóvil; une al respeto de lo que fue el anhelo de lo que será, y se aleja igualmente del espíritu de reacción y del espíritu de revolución.

.....

La rotación de las ideas en la historia y en la política, del propio modo como en la filosofía y en la ciencia, implica, decimos, demoliciones y restauraciones sucesivas e incesantes; mas a las ideas acontece lo que a Cristo en la magnífica expresión de Santiago Pérez: cuando salen del sepulcro no traen ya en el cuerpo las huellas de la tortura ni sobre la frente la saliva del sayón. Esto quiere decir que van desprendiéndose en el camino, que es muchas veces una orfandad, de la sombra de error que es lote necesario de sus primeras oscilantes iniciativas; cada lucha las temple, cada proscrición las depura, cada ascensio nlas ennoblece; el tiempo las desvirtúa o las confirma, y al fin no obtiene el triunfo definitivo sino lo que en ellas haya alcanzado los caracteres de eternidad. Muchas veces, cuando un principio parece muerto para siempre en la conciencia de los pueblos, reposa solamente en el sueño que precede a los más grandes despertares; como aquel legado de ideas que en el admirable poema símbolo de Vigny un náufrago arroja al mar en un frágil vaso de cristal, confiando en el instante de morir a la esperanza el tesoro de su espíritu, una verdad desaparece por muchos años en el doble abismo del olvido y de la pros-

cripción; créese la pérdida para siempre, sin recordar que las naves se hundan y los hombres perecen, pero los pensamientos flotan como el espíritu de Dios sobre las aguas —*et spiritus Dei ferabatur super aquas*— en la grandiosa concepción del Génesis; cuando llega la hora de la pesca milagrosa, el porvenir recoge en ignotas riberas el elixir de vida transportado por las ondas, mensaje supremo, vencedor del tiempo y de la muerte.

## CAPÍTULO V

### *Rotación de las ideas. Concepto político*

.....

El partido liberal inglés, íntimamente vinculado siglos ha con la causa del progreso de las instituciones políticas, es, sin duda alguna, legatario de la más grande tradición política que la civilización occidental ha producido.

Todos los mojonos o miras del pensamiento modernos —dice Benjamín Kidd—, incluyendo la crítica de Kant y la hipótesis darwiniana, se refieren por modo esencial a sus concepciones y a sus actitudes; todo el moderno constitucionalismo . . . ha tenido allí su fuente, su inspiración y su estímulo . . .

Puede tomarse, pues, como el genuino exponente de esas doctrinas y su campeón caracterizado; por tanto, la comprobación de todo cambio fundamental en sus programas, en sus propósitos y en sus actuaciones bastaría, relevándonos del minucioso aducir de otras pruebas, a justificar la afirmación general de que los partidos reavalúan intensa y substancialmente los valores políticos y adaptan sus principios a las necesidades de los tiempos y a la orientación general de los espíritus.

La escuela de Mánchester, forma la más acentuada del partido *whig*, se puede caracterizar en la exaltación del principio del *laissez faire*, síntesis soberana de la autonomía individual. Durante el pasado siglo, principalmente, la libertad y la igualdad políticas fueron el emblema inscrito como resonante voz de orden en los programas de ese partido y perennemente vibrante en los labios de sus tribunos y de sus publicistas; desde Cobden a Gladstone, desde Macaulay a Morley, desde Bentham a Spencer, desde Stuart Mill a Bright, los elementos directivos de su acción o representativos de su pensamiento fueron los enemigos naturales e im-

perterritos de la prerrogativa y del privilegio; los irrecusables abogados de la personalidad humana, de su dignidad y de su responsabilidad, de su universal emancipación y de la amplitud de su capacidad cívica. Meta suprema de esa escuela fue consecucionalmente el restringir hasta los últimos límites de la posibilidad la esfera de acción, no de un gobierno determinado, sino de todo gobierno, del *gobierno*. En sus concepciones, el progreso político es la resultante de la libertad que aumenta y de la autoridad que decrece; la noción de gobierno, abatida al rasero de un mal, “mal necesario”, pero un mal al fin, debe restringirse día por día hasta el Estado-gendarme de ciertos economistas, esto es, reducirse a la atribución elemental de dar seguridad. *Un maximum de libertad y un minimum de gobierno* es la fórmula adamantina que Spencer preconiza para las sociedades del tipo cooperativo e industrial que han de reemplazar, según las inducciones de su filosofía, a las del tipo semiindustrial y semimilitante que predomina hoy en las más avanzadas naciones y que se han sustituido a las exclusivamente militantes, tipo general de los periodos bárbaros. Con esa aspiración se ha visto indentificado el genio de los pueblos angloparlantes de uno y otro hemisferio en el moderno periodo de la historia.

Toda limitación de la libertad personal, toda forma de intromisión del Estado en el real inviolable de los fueros individuales, venga de donde viniere, fue y ha sido para el liberalismo inglés el más intolerable y menos tolerado de los abusos . . . En el lógico perseguir de sus principios ha inscrito en su programa la extensión de las franquicias, la emancipación de los católicos, la restricción de los privilegios, la secularización de la enseñanza, el *home rule*, o a lo menos un temperamento de autonomía irlandesa que a él se acerque, y el libre cambio. Opúsose una vez a las *Trade-unions* y a todo linaje de coacción colectiva tendente a limitar la capacidad individual, y si por una parte combatía el concepto de que el Estado sea un preceptor, por otra se oponía a que fuera materia explotable en beneficio de una clase cualquiera de la sociedad. Cuanto al derecho de propiedad como fundamento de las instituciones libres, erigía en principios inconmovibles los formulados por Bentham, y que son la negación misma del socialismo: “Cuando lo seguridad y la igualdad entran en conflicto, no puede haber vacilación; la última debe ceder. La primera es el fundamento mismo de la vida; subsistencia, abundancia, felicidad, todo depende de ahí; si hubiere de atentarse

a la propiedad con la intención directa de establecer una igualdad de posesiones, el mal sería irreparable; no más seguridad, no más industria, no más abundancia; la sociedad volvería al estado salvaje de donde salió.”

Esos eran, por sus grandes lineamientos, los principios fundamentales de ayer. ¿Son esos mismos los de hoy?

. . . El profesor Lowell de Harvard, en su reciente admirable estudio *The Government of England*, que es uno de los análisis más lúcidos y científicos del sistema político existente en la Gran Bretaña, señala también de un modo claro las diferencias fundamentales entre el antiguo liberalismo y el radicalismo contemporáneo. El primero, según se acaba de ver, tenía como canon substantivo el restringir la esfera de acción del Estado, ya se le llamase Rey, Aristocracia o Parlamento, adviértese en el último la tendencia opuesta, es es, a aumentar las atribuciones del Estado y transferirlas a una mayoría numérica y de ésta al gabinete que ella sostiene y de quien recibe, no ya inspiraciones solamente, sino el trazado casi indiscutido de una línea de procedimientos neta y unánime. Al derecho de los parlamentos sucede ya el derecho divino de gabinetes; a la exaltación del individuo sucede la exaltación del Estado. El radicalismo insular restringe hoy, en sus procedimientos administrativos y en el espíritu de las leyes que prohija e impone, la libertad del individuo, y amplía hasta lo ilimitado la atribución gubernativa; desde las leyes restrictivas y de estricta reglamentación, dictadas durante el segundo ministerio de lord Palmerston, hasta el *Licensing Bill*, que ha agitado hondamente el gobierno de Mr. Asquith, adviértese el más completo cambio de posiciones, el abandono gradual del concepto individual y el acercamiento al socialismo de Estado. Es un fenómeno constante en la evolución de los partidos el que “la izquierda” absorba a la larga al “centro” y a “la derecha”; el liberalismo fue el ala extrema, la vanguardia del partido *whig*, y lo suplantó; el radicalismo fue “la izquierda” del liberalismo y se ha sustituido a él; el socialismo es hoy la división avanzada del radicalismo y prácticamente dirige las operaciones de todo el ejército; mas como los principios de este último partido son la negación misma del credo *whig*, resulta que en el camino reentrante de su desarrollo los más avanzados liberales vienen a ocupar una posición todavía más rezagada que los retardatarios *torys*, y por una interesante inversión de papeles, éstos aparecen ya ante los autoritarios socialistas como los campeones del de-

recho individual y de la libertad humanas, a lo menos en determinados debates . . .

Si se estudia la historia del conservatismo inglés, *the old stupid party*, aparece un proceso, si no tan relevante, a lo menos suficientemente poderoso a asentar el dato de su evolución;<sup>1</sup> en general, y ya se ha observado, quiere el progreso de las ideas y el constante cambio de posición de los partidos que el conservatismo de hoy sea el liberalismo de ayer, así como el liberalismo de hoy será el conservatismo de mañana. Si concibiéramos un político militante, absolutamente inmovible en su credo y a quien por un milagro de la Naturaleza le fuera dado llevar una intervención activa en los públicos negocios durante cien años, sea personalidad presenciaria extraños cambios y sujeta estaría a desconcertantes involucraciones e inauditas sorpresas; vería en torno suyo como amigos y correligionarios hoy a los rojos, mañana a los azules, y seguramente pasaría ante el criterio cambiante de los partidos —él, el inmutable— como un tráfuga de todos ellos, como un político inconsistente y ligero, infiel a sí mismo, incapaz de toda unidad de acción o de pensamiento.

Los pensadores británicos que han sorprendido la inmensa evolución recurrente del liberalismo de su país, la han consignado o la han condenado, no la han explicado. Esa explicación puede hallarse en la forma y orientaciones generales de la mentalidad contemporánea, en la cual la teoría del Estado surge de nuevo y tiende a prevalecer sobre el individualismo que desaparece. “Considérase hoy a la sociedad —dice Benjamín Kidd—, no como un simple agregado de individualidades, sino como una entidad superior a esto y que tiene sus propios intereses, sus propias leyes, su propia psicología y su propia significación”. La mentalidad humana elabora en estos momentos el proceso social en su más alta síntesis, en su sentido más universal y recientes desarrollos filosóficos, el pragmatismo, ponemos por caso, señalan los aspectos preliminares de ese proceso. Día a día se ve sometida la individualidad a leyes cuya acción se extiende indefinidamente más allá de cualesquiera apreciaciones de los intereses exclusivos y particulares; de la integración de las conciencias individuales surge una conciencia colectiva, diferente de cada una de las que la forman y superior a la suma de todas ellas, la aparición cada vez más definida de la conciencia social es un hecho que se

<sup>1</sup> Véase *The Early History of Torys*, por M. C. Roilance.

patentiza primero por las manifestaciones de un espíritu nacional, luego por las del espíritu de raza, para culminar al fin en la formación de una conciencia de la humanidad . . .

En otros países las rectificaciones de los partidos y aun su completa inversión de posiciones son también hechos constantes y necesarios al desarrollo histórico de las naciones y a la existencia misma de aquellas entidades políticas; muchas de ellas, renuentes a toda adaptación vivificadora, han acabado por ser destituidas de toda significación actual y desaparecer . . .

.....

Las intensas revaluaciones que de sus principios fundamentales han hecho los partidos modernos en el decurso de la última centuria; la formación frecuente de nuevas agrupaciones políticas y también su frecuente eliminación; los cambios e inversiones de puntos de vista; las transacciones de las ideas más intrínsecamente adversarias; la integración transitoria de los elementos más antagónicos, fundidos, como metales de leyes diferentes, para troquelar la moneda que imponen la necesidad de un día o las exigencias de una situación; las subdivisiones de un mismo partido en elementos que exhiben unos contra otros, dentro de la común denominación, esa ardentía de acometividad, que hizo observar a Tocqueville: "No son los colores, son los matices los que más se combaten entre sí"; los periodos de estancamiento de toda actividad política y la consiguiente disociación casi absoluta de los partidos; luego su inesperado renacer camino de metas desconocidas, todo ello es parte a disminuir el prestigio y a entibar el culto de estas divinidades del mundo moderno, crueles a las veces, siempre exigentes o inexorables. El despotismo político, que tantos raudales de elocuencia ha desatado contra sí desde que los hombres han podido esgrimir una pluma o escalar una tribuna, antójase liviano y fácilmente remediable ante aquel otro despotismo de los hábitos, estudiado de manera tan penetrante por Stuart Mill. Muchas veces se conserva de hecho una creencia o una superstición que se ha rechazado en el nombre, o por inverso modo, se mantiene un nombre que corresponde a un hecho que ha mucho tiempo se abandonó; si alguna vez se tiene el valor de rectificar un principio, casi nunca se tiene el de abandonar una denominación y la deserción de las doctrinas se estima en ocasiones meno sgrave que la deserción de



los **partidos**, cuando el caso llega —y llega con frecuencia— de que para seguir a éstos haya que desdeñar u olvidar aquéllas.

Aparte de la superstición especificada de un principio determinado que la razón rechaza, pero que el hábito mantiene, hay una superstición genérica, si vale la expresión, que no es la de un **partido**, sino la *de partido* en general. El instinto gregario —herencia de las épocas de esclavitud— se impone y triunfa a pesar de todos los alardes de independencia individual y libre pensamiento, y suele ser complementado y fortalecido por otro más militante y combativo: el instinto sectario. El hombre, desde las épocas de la prolitia y de la propiria, anhela una entidad ante la cual prosternarse y busca un gremio, una confraternidad que le proteja, de la cual se sienta parte integrante y necesaria, elemento que signifique y cuente; para colmar esa necesidad racial e innata, y a falta de otro, se forja un ídolo, lo llama “mi partido” y a él rinde todas las ofrendas, hasta la de la vida. No importa que esa deidad no corresponda a un concepto claro o a la concreción de un orden de ideas; no importa que, aún correspondiendo, éstas no se analicen, ni se avaloren, ni se comprendan. No; esa deidad llega a sustituirse a todo, a exigirlo todo, a tomarlo todo; a ella se hace el sacrificio de la familia, de la patria, de los principios: por ella se mata y por ella se muere. Tal parece que la infortunada estirpe de Caín y de Prometeo, vinculada a la esclavitud y al error, llevase el estigma de una eterna subordinación mental que la hace levantar nuevos ídolos sobre aras despobladas y ya barridas por la razón . . . En las democracias americanas el espíritu de partido ha sido el Moloch ebrio de sangre a quien se le ha ofrecido a torrentes el rojo licor. Ya puede verse, empero, cómo se reducen a sus verdaderas proporciones esas divinidades implacables y omnipotentes cuando se las somete a lo que Hegel llama “la terrible disciplina del conocimiento propio”, disciplina que ha de llevar inminentemente, hay que esperarlo, a una de las más hermosas conquistas del espíritu humano: el libre examen político.

## CAPÍTULO VI

### *Las supersticiones democráticas*

Si al derecho divino de los reyes ha sucedido el derecho divino de las asambleas, el de éstas se constituye alguna vez

el derecho divino de las multitudes; la dinastía de las divinidades tutelares se democratiza, y la superstición que las forja —una en esencia, aunque asuma en su exteriorización formas diferentes y entre sí antagónicas— depone, como el maligno espíritu en el drama de Goethe, su antiguo arreo de arcángel miltoniano, para gastar el ferreruelo estudiantil o o el rojo airón de los tumultos y de los carnavales callejeros. El proverbio que atribuye a la voz del pueblo el maravilloso don de infalibilidad y justicia privativas de la voz de Dios no se confirma, desgraciadamente, en los más trágicos y decisivos momentos de la historia. Desde las turbas que ante el árbol de afrenta escarnecieron, a nombre de la tradición y de la ley antigua, la doble majestad del martirio y de la excelsitud moral en la personalidad de Cristo, hasta las que a nombre de la nueva ley y de la Revolución inmolaron a los prisioneros de las cárceles de París en las aciagas jornadas de Septiembre, el impulso de las multitudes representa cuanto hay de más inconsciente e irrazonado en las acciones humanas; cuanto en éstas se acerca más a la brutal y ciega fatalidad de las fuerzas de la Naturaleza. Querer allegar un átomo de razón a esas impulsiones instintivas sería tanto como pretender discutir con el terremoto o convencer al ciclón; discernir un prestigio moral a esas energías primitivas o hacer a la multitud árbitro de sentencias inapelables, o medir le valor de una acción, o el mérito de una actitud por el aplauso, o el vituperio de esa deidad caprichosa y versátil, es desconocer la íntima inconsciencia de sus juicios, la impulsividad de sus actos, el simplismo de su criterio, su ductilidad a las peores sugestiones y su veleidad en los más trascendentales propósitos. En las épocas en que se solicitan sus sufragios como la más alta sanción y se la adula como la deidad más poderosa, la razón vela ante el tumulto la faz pudibunda, y sólo imperan en el mundo los dictados delirantes de la pasión. Puede afirmarse que si hay en la multitud un espíritu y una conciencia, esa conciencia y ese espíritu, cualitativamente inferiores en muchos grados a los de cada uno de los individuos que la componen,<sup>1</sup> son un espíritu informe y una conciencia oscura y primitiva de donde la verdad y la justicia no emanan sino rara vez, en ráfagas momentáneas, en inspiraciones tornadizas y efímeras como las olas del sentimiento popular que una palabra inflama y otra palabra desvanece.

Muchos rectos caracteres, muchas inteligencias esclarecidas se prosternan ante el supremo tribunal de los tiem-

<sup>1</sup> Le Bon, *Psychologie des Foules*, caps. I y II.

pos **modernos**: la opinión pública, sin pensar que en algunas ocasiones ella no es sino la pasión colectiva, no siempre legítima, y en otras el general extravío, no siempre inocente; la arenga del Stockman de Ibsen que Rodó cita, es la consignación de un hecho frecuente y desconsolador: "Las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y de la verdad". Cuando esa mayoría se llama el pueblo o la nación, es decir, la inmensa masa incontrastable que sugestiona o inspira, modela o conduce aquel que sabe abatir su inteligencia al nivel inferior de la de ese sempiterno niño, y le habla su propio lenguaje, y sin escrúpulo halaga sus más reprobable apetitos, entonces, si encaminada contra el iniciador de un espíritu nuevo, de una revelación superior de la verdad o de una original concepción de la filosofía, de la ciencia o de la política, esa mayoría detiene por siglos y a las veces hace malograr definitivamente la siembra de ideas que el pensador solitario confía a la inerte gleba del presente para que fructifique en el porvenir. No es una corriente unánime ni una mayoría poderosa, sino un grupo desamparado y casi siempre una sola mente de elección, quien señala a los pueblos, en los momentos de extravío o en la tenebrosidad de las regresiones, la vía de salud y las cúpulas de la ciudad futura. No sé de un gobierno, así sea el más despótico de ellos, de donde parten para ese pensador o para ese grupo las más aviesas asechanzas y las persecuciones más implacables; es la sorda hostilidad de la opinión dominante, la tácita reprobación de las mayorías, la abrumadora adversidad del medio, la que niega el aire y la luz, la que aísla en una suerte de cuarentena moral a los audaces que denuncian el prejuicio universal y sacuden, arrojando indiscretas chispas, la antorcha de la verdad sobre el espeso manto de tinieblas en que las multitudes se envuelven obstinadamente para negar la luz. Si los hombres de genio o de inspiración hubiesen cedido, en su tiempo, a las presiones de la opinión de entonces, habríase retardado centuria tras centuria el advenimiento de la mayor parte de las grandes reformas religiosas y políticas, de los grandes descubrimientos geográficos, de las revelaciones científicas, de los maravillosos inventos industriales, de los sistemas filosóficos, de las creaciones artísticas, de las concepciones literarias, de todo cuanto forma el superior acervo de la civilización contemporánea. Porque la opinión dominante en una época hostil a todo eso por su instintivo conservatismo, no la compone siquiera el promedio de las inteligencias, que siempre es vulgar, sino algo todavía menos elevado que ese promedio. Todo paso decisivo en el avance humano obra es

de las voluntades incólumes y de las mentes superiores que se han atrevido a tener razón contra los demás, sabiendo hacer suya la altiva divisa del viejo romance castellano, "Yo contra todos y todos contra yo".

.....

La historia de las aberraciones de la humanidad, de los inconcebibles extravíos del criterio público, es algo profundamente desalentador e inquietante; al reconstruirla se comprende cómo puede su recuento imprimir ese sello de triste resignación, fruto de la experiencia, o ese gesto de fiera rebeldía, brote de la indignación, que aparecen sobre la faz de todos los que han sentido el trágico derrumbamiento de la fe en el hombre y la dolorosa inanidad de la vida. Cuando presenciamos uno de esos irritantes abusos de la fuerza brutal, uno de esos crímenes cuya reparación no se alcanza a ver, vibra aún en un pliegue de nuestra alma la esperanza de que la reprobación de la conciencia humana, incorruptible y superior a los egoísmos de la política y a las cobardes claudicaciones de la diplomacia, pese a lo menos como última sanción sobre el detentador de los derechos de los débiles. Ilusión; la experiencia demuestra que el éxito afortunado alcanza también a corromper ese supremo tribunal, y reservado está a las inultas víctimas el doble ultraje de presenciar cómo la aceptación de las naciones legitima el despojo y cómo el aplauso universal consagra al despojar con el nimbo, de los benefactores de la humanidad. La razón puede recusar altiva el veredicto de la opinión pública, no sólo de un país, sino del mundo entero, cuando aparece, como en el caso muy ilustrativo que se verá en seguida, que en las decisiones de esa opinión pesa más el poder que el derecho y se tienen más en cuenta las consideraciones de la política que los fueros de la equidad. . . ¿Habrà necesidad de establecer sobre qué bases reposa la paz del mundo y cuál es el mandamiento de honor de las naciones? "Es un principio esencial de la ley de las naciones —dicen los protocolos de la famosa conferencia del Mar Negro, el 17 de enero de 1871— que ninguna potencia puede por sí sola libertarse de las obligaciones de un tratado, o modificar sus estipulaciones sin el previo consentimiento de la otra parte contratante y por medio de arreglos amigables". Eliminar el sentido del honor de las relaciones internacionales, por medio de violaciones que hieren de muerte el derecho público externo, es destruir toda base cierta, toda esperanza de permanente paz en el mundo; semejante golpe a la moralidad universal es la regresión a las peores formas de la barbarie, es la sustitución del Estado pirata al Estado caballero, es la sociedad de los pueblos convertida

en horda, en la cual el más fuerte puño atrapa la mejor presa y en donde la violencia es el único título de propiedad. . . En las consagraciones de otro linaje de glorias vemos también aberraciones que no corroboraría con sus sufragios ningún espíritu que se respete, y que no obstante triunfan en la opinión y perturban el juicio de los hombres creando una atmósfera de convencionalismo y de mentira que muchas veces no se disipa jamás y que justifica el acerbo teorema de Bernard Shaw: la burocracia de compone de funcionarios, la aristocracia de ídolos, la democracia de idólatras.

El creer que muchos pueden interpretar una idea política, defender un sentimiento y comprender los intereses públicos mejor que unos pocos, es una alucinación de la democracia tan difícil de desvanecer, como el más arraigado de los prejuicios religiosos. Los dogmas políticos pesados en la balanza y hallados faltos no dejan por eso de imponerse todavía luengos años al espíritu esclavizado por la plasmante profesión de la creencia unánime. La ligereza de los fallos colectivos que crean o destruyen reputaciones y endiosan o inmolan personalidades con la misma pavorosa inconsciencia, es un fenómeno mórbido que la ciencia tiene ya estudiado y calificado. . .

.....

Observan los psicólogos que la facultad de apreciar los matices constituye el rasgo más relevante que diferencia una inteligencia desarrollada de otra que no lo es. Para el criterio simplista de los salvajes no existe sino lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, sin que sus sentidos rudimentarios puedan apreciar las infinitas transiciones, las innúmeras graduaciones de luz y de calidad que caben dentro de los dos términos extremos que se imponen a su mentalidad primitiva. "Donde el criterio cultivado —dice Rodó— percibe veinte matices de sentimientos o de ideas, para elegir de entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y de la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos para arrojar, de un lado, todo el peso de la fe ciega, y del otro, todo el peso del odio iracundo." El criterio de los demagogos está a esta altura, y el de las multitudes por ellos sugestionadas y extraviadas está a un nivel inferior; así como nada hay más lastimoso que la abdicación de la inteligencia o del carácter a las imposiciones del tumulto, tampoco hay fenómeno más explicable y lógico que el de esa íntima correlación que se establece entre los sentimientos y las ideas de las masas y los de los declamadores de

la plaza pública o de los profesionales del libelo, auténticos exponentes de una mentalidad de impulsiones irrazonadas.

No es extraño, pues, que tal correlación suela ser parte a identificar ante la distinción y la delicadeza de un criterio superior las consagraciones de la popularidad con los estigmas inequívocos de la vulgaridad. Si, como lo declara Le Bon, por el solo hecho de hacer parte de una muchedumbre, un hombre individualmente culto desciende varios grados en la escala de la civilización, el ser verbo aplaudido o intérprete genuino de esa muchedumbre son presunciones poderosas a graduarle de instintivo, pues nunca será ídolo de las masas quien como ellas no sienta y piense y quien hable un lenguaje superior al de las elementales capacidades colectivas. El gesto de alto desdén o la severa renunciación del pensador, jamás conquistarán el sufragio público, aunque a la larga es la recogida severidad del pensamiento y no la declaración de la plaza pública el cincel que esculpe la conciencia de un pueblo. . . El héroe popular puede tener el valor y el entusiasmo, la fuerza, la fe de los seres primitivos, como tiene su violencia, su espontaneidad, su inconsciencia, la estrechez de su juicio y el arranque de sus acometividades; es un producto nativo y bruto, sobre el cual la pátina de la cultura y el castigo del razonamiento no han impreso su acción desbrozadora de las asperezas naturales, Bien pueden medirse los grados de refinamiento de un espíritu por la ingenua admiración que en él despierte ese exponente original de las energías milenarias y de las herencias bárbaras de la raza.

Si los pueblos tienen una personalidad moral, si existe una conciencia nacional, ella no aparece en los movimientos reflejos de las masas turbulentas; se elabora silenciosamente en el retiro de los hombres de estudio, en la cátedra discreta, en el perseverante y modesto esfuerzo de las clases medias, en que conviven las jornaleras labores de las profesiones liberales, de los agricultores, de los industriales, de los pequeños comerciantes, etcétera. La acción de presencia de todos ellos, por mesurada e invisible que sea, forma, a fuer de sana y vigorosa, el carácter de una nación, pero de allí no brotan las iniciativas políticas y en su seno no se forja el rayo de las revoluciones, histéricos sacudimientos de donde suelen la premeditación y la coordinación estar ausentes y faltar, lastimosamente a veces, la justicia y la oportunidad,

Cuando el espíritu se encuentra en presencia de uno de esos ingentes movimientos de los pueblos, de una de esas

revoluciones formidables y sangrientas que parecen cambiar la faz de las sociedades, el irrecusable sentimiento de justicia que vigila en el fondo de nuestro ser, quisiera encontrar allí uno de esos grandes actos reparadores de las viejas iniquidades; quisiera ver en las revoluciones una reivindicación severa, pero justa, de derechos largo tiempo desconocidos y de los agravios inultos, un estallido incontenible de indignación contra la injusticia impunida y triunfadora. Un estudio más cercano de tales acontecimientos hace cambiar substancialmente la primitiva luz que a nuestros ojos los mostraba, los justificaba y los engrandecía. Los pueblos no se indignan contra las tiranías seculares que ellos, las más de las veces, han provocado con sus extravíos o hechos posibles con su pasividad; reservan su alta indignación para los gobiernos que inician la era de las reparaciones, para los gobiernos que escuchan, para los gobiernos que ceden. La vara de hierro no suscita indignación sino cuando ha sido depuesta; el despotismo no los subleva sino cuando principia a dejar de serlo... La intensidad de las revoluciones está en razón directa de la bondad del gobernante a quien se le hacen, e inversa de los agravios que haya recibido el pueblo que las hace. El autoritarismo y la intolerancia son para la multitud sentimientos muy claros que comprende y practica, y que acepta cuando hay quien se los impone; respetuosa de la fuerza, desdeña la bondad, que no es a sus ojos sino una forma de debilidad; simpatiza con el amo que la enfrena, y si aplasta al déspota caído, no es por serlo, sino porque su fuerza perdida entra ya en la categoría de los débiles, a quienes se desprecia porque no se teme...

La demagogia es la aparente aliada de la democracia y su evidente enemiga; es el cuerpo de francotiradores situado a vanguardia que extravía, desprestigia y hace odioso el ejército; es la exageración del principio, que viene a infirmar el principio mismo.

.....

Cuando en un país se impone, coercitiva e inaplazable, una transformación política, siempre hay, dentro de la actuación civilizada, manera de colmar esa clamorosa necesidad; si no es así, quiere decir que la anhelada transformación no correspondía a una evidente justicia pública. Contra los desmanes de los gobiernos opresores vale, en último resultado, mucho más el reclamo del derecho, vigoroso, incansable y enérgico, vale más, si se quiere, con el gesto de los senadores romanos envolverse en su manto y esperar, que dar pretexto y ocasión a que la violencia se desate, a fuer de salvaguardia del orden y de la paz; es preciso evi-

tar la guerra para hacer posible la revolución. Por ella entendemos el movimiento consciente y avasallador de la opinión, de la verdadera opinión, en que el verbo tiene mayor potencia demoledora que los cañones y el derecho de la causa defendida vale por diez ejércitos. La revolución así entendida, es la reforma o la reparación, iniciada y cumplida por los mejores y por los medios más civilizados, que son los más eficaces; la guerra es la imposición ciega de los más...

En cambio, se ven guerras en las cuales sobre las charcas de sangre no brilla el iris de ninguna doctrina política, ni las banderas simbolizan principio alguno... ¿Y qué valdría la santidad de una causa ante el hecho brutal del número de batallones enemigos? Algunos metros más de alcance en las armas de fuego, una línea de mayor precisión en la puntería de los artilleros, y sucumbe una causa, desaparece un pueblo y dejan de valer unos principios...

La realización de los ideales políticos, remitida antaño, como las causas en la Edad Media, a los mortales juicios de Dios, confíase hoy principalmente al apostolado revolucionario de la propaganda intelectual; cumplida esa propaganda, se dejará mañana al libre desarrollo de los pueblos, a las fuerzas germinativas de la historia. Tales son las tres etapas de esa conquista secular: *la guerra, la revolución y la evolución*. La libertad que la violencia impone, si es posible consignar tal paradoja, *contradictio in adjecto*, sin arraigo en las costumbres ni sólida vinculación en los caracteres, también por la violencia desaparece; la propaganda educativa crea ese arraigo, el progresivo desarrollo ulterior lo cimienta definitivamente y ampliamente lo propaga; pero ese aquél hará labor fecunda que inscriba en su vida y en su esfuerzo la altiva dedicatoria de Esquilo: *Al tiempo*. Esa fe en la finalidad de todo esfuerzo generoso, puede ser la ingenuidad de un optimismo, pero con esas ingenuidades y con esos optimismos se cumple la elaboración del porvenir.



Siendo director general de Publicaciones José Dávalos  
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,  
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.  
Se tiraron 10,000 ejemplares.





**TOMO IX:**

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO. 90. Mariano Picón Salas, AMERICAS DESAVENIDAS.

**TOMO X:**

91. Daniel Rodríguez, LOS INTELECTUALES DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN LA DECADA DE 1890. 92. Antenor Orrego, LA CONFIGURACION HISTORICA DE LA CIRCUNSTANCIA AMERICANA. 93. Ernesto Mays Vallenilla, EL PROBLEMA DE AMERICA. 94. Bartolomé Mitre, LA ABDICACION DE SAN MARTIN. 95. Antonio Melis, MARIATEGUI, PRIMER MARXISTA DE AMERICA.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

**SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

**SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea.

**COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Leonel Pereznieta Castro

**CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Lic. Elena Jeannetti Dávila

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Dr. Efrén C. del Pozo